



LA INUNDACION.

DIBUJO DE FREEMAN: IMITACION DE MORRÉ.

Entre los innumerables azotes contra los cuales nos vemos obligados á combatir los que por aquí abajo habitamos, cuéntanse dos que inspiran un terror especial, y cuya aparición se anuncia con terribles perplejías y crueles resultados: estos son la inundación y el incendio. Con efecto, el agua y el fuego son dos enemigos tan colosales, y nos aventajan tan grandemente en fuerzas, que el luchar con ellos no puede menos de exigir de parte nuestra un ingenio maravilloso y un valor sobrehumano. Preciso es que la inteligencia suela á la fuerza, y la constancia á la violencia. Al primer empuje todo parece doblegarse: el azote marcha como vencedor, arrastrando tras sí á los hombres á la manera de débiles escombros que envuelve en sus ondas ó en sus llamas, aunque despues el espíritu recobra su dominio sobre la materia; el ser que *piensa* se sobrepone al cuerpo que obra, y la víctima huye, sobrecuada, salvándose como Ajax, á despecho de las fuerzas combinadas de la naturaleza. Por lo mismo en estos desastres el animal es de peor condición que el hombre, y en vano emplea su vigor y afecio: falta á sus instintos la suprema luz que Dios ha depositado en nosotros; lleoa aun de todas sus fuerzas, mira acercársele la muerte sin que pueda evitarla: los ahogados desesperados que en su última hora lanzan, ni le sirven siquiera para que sus semejantes comprendan el peligro en que se encuentra, y si de alguien puede esperar socorro es únicamente del hombre. Este acudirá en seguida á salvarlo, olvidándose tal vez de su vida propia, y si no consigue arrojárselo á la muerte, habrá en su corazón para aquel un recuerdo doloroso; porque en la asociación del hombre y del animal, establecida por medio de lazos y afectos, existe una unión tal, que mas que al cálculo ó egoismo debe atribuírse pura y simplemente al sentimiento. No se libra solamente en el mundo compadecido con quien se ha vivido; su valor, sino tambien su cariño. Cuando el rey de los peces arribó á Atenas, obligando á sus habitantes á salir de la población, los portos quisieron embarcarse con él, y rechazados de los buques,

alborotaron las calles de la ciudad con espantosos gemidos, último homenaje que recibieron los fugitivos al abandonar sus bienes, sus mujeres, sus hijos.

La perra, que por obedecer la voz de su amo, es arrebatada por las aguas, á merced de las cuales flota en compañía de sus hijuelos, no puede ser indiferente á ninguno. Se comprende su actitud desesperada y suplicante; se oye su agudo gemido: se piensa en aquella familia en que el hijo lucha afligido con la corriente, y la madre se afana sin esperanza de salvarlo.

Pero al cabo el peligro se ha subido, y en medio de esta desolación se oye la voz del interés y la piedad. Mirad la barca que sale de ese pueblito medio anegado; dirigese á zozobrar á los naufragos: ¿pero llegará á tiempo? Apenas se percibe otra cosa, si no que ya parecen estar sumergidos. He aquí una cuestión como la de Hamlet: *de vida ó muerte*.

El artista ha sido hábil, y nos ha dejado entre el temor y la esperanza, domiéndonos con esa incertidumbre que á pesar nuestro suspende el alma, agita el corazón, y hace fijar tenazmente la mirada.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO X.

Juan Meurcio.

Al fin penetró Camóens en la estancia de la Sigea, que acababa de llegar, y que trémula, con el rostro desencajado, estaba leyendo

un papel que misteriosamente le había entregado una dama de la infanta.

— ¡Dacia el papel!

— ¡Ha sido condenado á la hoguera; ¡sálvalo en nombre de Dios!

— ¡Perdonad, dijo Camoens advirtiendo el gesto de enojo que hizo Luisa al verse interrumpida, es un atrevimiento seguros; pero ya os dije que necesito desagraviaros.

— ¡Ay! respondió Luisa con amargura; no os puedo culpar, porque tal vez disputándole la presa á la inquisición le habeis evitado mayor tormento al desgraciado. Al fin es preferible morir á hierro que morir á fuego.

— ¡Llévame Dios, señora; exclamó Camoens, si entiendo una palabra de lo que decís de presa, de desgraciado, de inquisición, de hierro y de fuego. ¿A quién maté yo que así os interesa? ¿No fué á un villano?

— ¡Ah, no, no es un villano el noble Enriquez! ¡Es un caballero de los buenos!

— ¡Justo Dios! ¿qué decís! ¿era D. Mariano Enriquez?

— ¡Plugiérase al cielo que no lo fuera!

— ¡Fue asado de mí, qué he hecho! gritó Camoens dando vueltas por la sala.

— ¡Una mala acción, Camoens; acuchillar á un joven cuya sola culpa fué saltar la verja como vos.

— ¡Teneis razon, señora, descargad sobre mi vuestro justo enojo; pero decid si es vivo ó muerto.

— ¡Hoy podeis contarle entre los heridos, mañana entre los quemados.

— ¡No os entiendo.

— ¡La poca vida que vos le dejásteis pertenece ya á la inquisición.

— ¿Pues qué delito ha cometido?

— ¡Le acusan de haber adorado á una estátua.

— ¡Oh! exclamó Camoens; aquí veo la mano de Juan Meurcio; de ese perverso fraile que predicó el otro día sobre el pecado de mirar á las estatuas desnudas... ¿Y creéis, señora, que será imposible salvarle de las garras del tribunal?...

— ¡Hablad mas quedo.

— ¿No puede hacerse algo por ese infortunado joven?

— ¡Lo meditaré.

— ¡El infante cardenal me tiene en su gracia; iré á suplicarle.

— ¡Antes quiero informarme bien de cuanto hay, y para esto aguardo á Juan Meurcio.

— ¡Ya veo quemado á nuestro amigo.

— ¿Por qué tenéis tan mala idea del familiar?

— ¿Por qué vos la tenéis tan buena?

— ¡Es amigo de mi padre.

— ¿Está aquí vuestro padre?

— ¡Está en Torres Novas, donde se ha hecho carmelita.

— ¡Pues cédeme, señora, no pidáis ningún favor á Juan Meurcio.

— ¿Qué mal puede haber en esto?

— ¡Juan Meurcio es un calumniado.

— ¡Os engañan, Camoens. Juan Meurcio me ama como á una hermana; y aun cuando no me amase, él no sabe calumniar.

— ¡Sois todavía mas poética que cortesana.

— ¡Consevo la fé en mis amigos.

— ¡Contadme ya entre los enemigos vuestros.

— ¡Cómo?

— ¡Yo no puedo ser vuestro amigo siéndolo Juan Meurcio.

— ¿Qué mal os hizo? explicadme lo.

— ¡La primera vez que estuve preso me dejé olvidados mis manuscritos y me los hurtó.

— ¡Seria otro.

— ¡Fué él... y ahora que me acordé, ¡voto á...! prosiguió Camoens dándose una palmada en la frente; por seguros dejé tambien hoy mis papeles en el calabozo y ese galván estaba allí... vuelvo á buscarlos. Adios, señora... volveré—salvaremos á nuestro amigo aunque sea entrando á cuchilladas con el tribunal.

— ¡Silencio!

— ¡Adios, adios!

Partió Camoens como un rayo, y se dirigió otra vez á la cárcel, precisamente cuando salía Juan Meurcio.

— ¡Por vos he venido tan aprisa, dijo Camoens.

— ¡Ya sé que me queréis mucho, replicó el familiar enseñándole los dientes.

— ¡Tanto os quiero, que si, como la otra vez, no hallo mis papeles en el calabozo, os he de romper esos dientes que estáis siempre enseñando como los lobos.

— ¡En verdad, contestó el fraile con severidad, que merecáis bien el que no os entregue esos papeles. Tomad, añadió sacando un rollo de ellos; sois un loco que donde quiera dejáis perdidos vuestros manuscritos, y luego os encolerizais con las buenas almas que los

recogen. Ya no sé, Camoens; por qué estáis prevenido contra mí.

— ¡Por qué no me devolvisteis los otros manuscritos?

— ¡Ya os lo dije; porque me los hurtaron de mi mesa el mismo día que los recogí.

— ¿Eso es cierto... no me engañais?...

— Cuando un hombre con la buena fé de Camoens pregunta que si lo engañan, ya desde luego está engañado. Tienen los verdaderos poetas algo de infantil y de cándido, aun los mas acostumbrados en los desengaños del mundo. Hay en torno de ellos una atmósfera donde se respira lo sublime y lo bello, y toda miseria corruptora se pierde allí entre los perfumes de la poesía.

En medio de la pompa con que Ferrara acogia el poema del Tasso, los tertulanos se burlaban del autor porque á todos los creía sus amigos, y mas bien que los amores fueron las perdidias la causa de su locura. Las amargas quejas de Quevedo son hijas de las decepciones que por su credulidad habia sufrido; y por lo que hace al príncipe de los poetas lusitanos, llevó su sencillez hasta el extremo de dar crédito á las palabras de Juan Meurcio.

— ¡Sí, decía éste, sois muy injusto conmigo, buen poeta; pero yo os querré siempre á pesar de vuestras injusticias.

— ¿Por qué calumniásteis á la Sigea?

— ¡Otro error. Jamás mi lengua se movió en agravio de su fama.

— ¡Pues y lo que se cuenta del libro latino?

— ¡Humores del vulgo.

Camoens miró toda via á Juan Meurcio con gran fijeza para ver si podia penetrar en lo íntimo de su pensamiento, y el fraile sostuvo su mirada con sereno y blando rostro.

Entonces Camoens le tendió la mano y exclamó con brusca alegría:

— ¡Vive Dios! que me he equivocado y que os he ofendido diciéndoos á la Sigea que sois un perverso y enemigo suyo... pero ¡ah! otra cosa: ¿no habeis tenido parte en la detencion de Enriquez?

— ¿De Enriquez, de ese buen muchacho? ¿pues si le quiero tanto como á vos!

— ¡Corriente, estoy satisfecho. Mi espada (añadió el poeta dándose un golpe en la cadera) es... no la traigo ahora, pero no importa, voy á recogerla, está á vuestra disposicion para cualquier lance.

— ¡Gracias, Camoens, á nadie aborrezco y perdono á todos mis enemigos.

— ¡Por si acaso, quedad con Dios.

— ¡El os guie.

Tenia Juan Meurcio treinta años. Todos los pintores se han empeñado en pintar á los diablos feos; pero el retratista de Juan Meurcio no hubiera podido menos de pintar un diablo bonito si se hubiese decidido á hacer su retrato.

La tez de Juan Meurcio era blanca y trasparente, los ojos grandes aunque un poco saltones, su boca pequeña y en extremo graciosa presentaba continuamente dos hileras de dientes blancos como los de un perro, aunque á Camoens le habían parecido de lobo.

En su rostro no se leía nada de lo que pasaba en su alma. Sereno, frío, inmutable como la superficie de una laguna helada, no daba mas señal de estar animado que por el movimiento de su boca cuando hablaba. Después que guardaba silencio volvía á parecer una aboza de piedra con ojos de vidrio. Hasta en la blancura de su frente se advertia algo de cadavérico, y en el azulado de sus sienes un no sé qué de infernal. No parecia una cabeza llena de sangre, sino de aire y de azufre. A pesar de ser como dijimos un rostro bonito, los niños huian de él.

Por su parte Juan Meurcio era insensible á los afectos, y solo habia tenido en su vida una pasion que mas tarde se convirtió en odio. Ésta fué por Luisa Sigea cuando vivia en Toledo, y á la cual pidió por esposa apenas cumplió los diez y seis años. Pero ya dijimos que los niños huian de él, y Luisa era una niña. Sin aborrecerle sentia un secreto disgusto con su presencia, y se negó obstinadamente á satisfacer el deseo de su padre, que pretendia desposarla con Juan Meurcio. Ya habia estado la Sigea en Lisboa, adonde se educó con su hermana Angela, y manifestó la voluntad con que entraria de nuevo al servicio de la infanta; pero Diego Sigea, su padre, no accedió por entonces á ello para castigarla de su rebeldia. En tres años que permaneció Juan Meurcio en Toledo apuró todos los recursos de su carácter para lograr el amor de la poetisa; pero todo fué en vano, y lleno de despecho, exaltado por la bilis, ciego de soberbia, tomó el partido de hacerse fraile y marchó á Lisboa.

Diez años pasaron hasta que Luisa Sigea volvió al servicio de la infanta y que sucedieron las cosas que vemos narrando.

Si analizamos el sentimiento que impulsaba á Juan Meurcio á tomar por esposa á la Sigea, no descubriremos tal vez el del amor, sino el de un empeño tiránico por esclavizar una inteligencia de mujer que reconocia superior á la suya y á la de muchos hombres estimados por poetas y respetados por doctos. Fuerza es confesarlo; la envidia es

uno de los defectos que entre otros muchos han atribuido los hombres exclusivamente al bello sexo para aliviarse de los que abruman su condición; pero que les es tan peculiar como la soberbia, como la ambición y como el egoísmo. De la envidia procede esa guerra sorda que las medianías han hecho en todos tiempos á las escritoras, y de la envidia procede esa resistencia tenaz á concederles la palma que su talento conquista. Y lo hemos dicho: hay una secta de hombres implacables que con su odio colectivo á todas las mujeres ilustres antiguas y modernas, se han armado de la sátira, del desprecio y de la calumnia para perseguirlas. A esa secta pertenecía Juan Meurcio. Para que Juan Meurcio perdona-se á Luisa Egea la osadía de haber nacido con más talento que él, era preciso que le aceptase por dueño y mentor. El hubiera detenido el vuelo de su inteligencia, hubiera destruído las flores de su poesía, hubiera llenado su conciencia de preocupaciones para haberla tímida, humilde y medrosa, y garantizar su obediencia hasta que la convirtiera en una beata estúpida del siglo XVI. En uno de aquellos monstruos que asistían á los autos de fe que se recreaban con el espectáculo de las víctimas, y que después de todo se llamaban cristianas.

No había nacido el generoso corazón de Luisa Egea para gozar con la barbarie de semejantes fiestas, y una de las primeras obras que escribió, y que fué hurtada y reducida á cenizas por Juan Meurcio, le consagró su hermosa autora *al consuelo de los infelices que viven en la tribulación*.

Tales eran pues los antecedentes que había en la amistad de Luisa Egea y Juan Meurcio, y es en verdad incomprendible como la maestra de letra se hace la ilusión de creer en el buen efecto que fingía profesarla el fraile, si no fuere que, de la misma manera que á Luis de Camoens, le engañaba su buena fe y natural candidez de poeta.

Para volviendo á los hechos y dejando para otro rato las digresiones, así que el familiar se separó de Camoens tomó el camino de palacio y se dirigió al departamento de la infancia, murmurando entre dientes unas palabras latinas que acostumbraba él á decir siempre que iba á cometer alguna acción inicua.

CAPITULO XI.

El Azor.

—Tan pronto como Luis de Camoens pudo recobrar su espada volvió á ver á Luisa Egea.

—¿Ha venido Juan Meurcio? le preguntó.

—No, Camoens, y estoy en extremo inquieta.

—Sabed, señora, que tengo que rectificar lo que os dije esta mañana acerca de ese pobre fraile. Ma ha dado los papeles que me dejó en el calabozo, me ha asegurado que los otros no me los devolvieron porque se los hurtaron, y en fin, se ha sorprendido cuando le dije que yo había calumniado. En sus palabras, en su tono, en su expresión he conocido que está inocente, así como que yo he tenido parte en la delación de Enriquez. Le he tendido mi mano y hemos quedado amigos.

—Me alegro mucho, Camoens.

—Pero lo que no entiendo es que nos pueda servir mucho para el asunto de nuestro D. Mariano.

—Yo no quiero sino saber el estado que ocupa. Sé que ha sido condenado á la hoguera, pero ignoro cuándo se ha de cumplir la sentencia.

—Pues de eso yo me informaré.

—¿Y si dais que sospechar?...

—Tanto peor para los sospechadores, que tembran que seguirnos las huellas.

—Temo mucho, Camoens, que os armen una colada.

—No temáis nada, señora.

—Si como creo se retarda la ejecución hasta que el herido se restablezca, puedo realizar el pensamiento que he concebido para salvarle.

—Supongo que contaréis conmigo.

—Vos partís á la India.

—No, señora, ya os he dicho que no partó.

—Mal dicho: debéis partir.

—Por Dios que tenéis grande empeño en lanzarme en brazos de Neptuno.

—El rey os ha concedido el perdón en la inteligencia de que marcharéis al instante.

—Yo he salido de la prisión sin condiciones, y antes que aceptar una, volveré á entrar en ella.

—¡Mal correspondéis, Camoens, al desvelo de vuestra dama.

—Catalina no puede desear que parta.

—Catalina teme que os quedeis.

—Sea como quiera, señora, yo no partó hasta que salvemos á nuestro amigo.

—¡Ay!

—Explicadme vuestros proyectos y dad á mí el cuidado de cumplirlos.

—Oíd Camoens... Pero antes ved si nos escuchan y cerrad bien esa puerta.

Levantóse Camoens haciendo como siempre resonar el pavimento con su firme planta y abrió y cerró la puerta con tan rícto empuje que retumbaban las bóvedas. Hecho esto ocupó un asiento cerca de la poetisa, y prestó atención á sus palabras, que fueron las siguientes:

—La sola idea de salvar del fuego, adonde es condenado, á un reo de la inquisición, es de suyo tan alrevida que se necesita, Camoens, el aliento de una mujer que ama para darle acogida en su mente. Cual es el poder del tribunal, digalo Portugal, digalo España. Paulo III no ha sido poderoso á salvar á un italiano condenado por hereje en los dominios de España, y el inquisidor general de estos reinos, el infante cardenal don Enrique ha presentado el suplicio de uno de los amigos mas queridos de su corazón. ¿Quién osa acercarse á ese volcan que no caiga envuelto por su ardiente lava? Los reinos espantados con el siniestro resplandor de sus llamas perpétuas están siempre aguardando la erupción que ha de reducirlos á cenizas... Los reyes temerosos sienten el calor del incendio que llega hasta sus coronas... Pero hay un gigante entre estos reyes á cuya frente no puede alcanzar chiapa alguna que salga de la tierra, porque como el mismo Volcano baja á la región del fuego y empuña los rayos que libra después á los maristas.

—Carlos V.

—Carlos V, sí, él solo, él solo es mas poderoso que la inquisición. Si él quiere apagar una hoguera encendida para un *auto de fe*, no tiene sino derramar sobre ella el agua de su régia copa; si quiere salvar á un reo, sobra con que le tienda la punta de su mano imperial. Para que todos los frailes del mundo hayan desaporridos, hasta un gesto del emperador. Todas las coronas están bajo su corona, todos los cetros están bajo su cetro, todas las voluntades están bajo su voluntad.

Quince años ha vi yo á Carlos V en una de las torres del alcázar de Toledo. Su frente desnuda brillaba al sol como de plata. Tenia los brazos cruzados y estaba inmóvil mirando al Tajo. Yo en una azotea inmediata me entretenia en hacer ensayar el vuelo á un azor muy jóven que cogió mi padre en el nido, cuando de repente el pájaro remontó el vuelo y en vez de volver á mis brazos, como acostumbraba, se perdió en los aires. Mis jamicos distrajerón al emperador; yo lo miraba, levantaba los brazos al cielo, y llamaba al pájaro fugitivo. Poco tardó en verlo que descendía, y ya me iba consolando, cuando advertí que luercas su giro y que va á caer en el alcázar. En efecto, cayó en uno de sus patios, y yo, sin decir nada á mi madre, me dirigí al alcázar.

Los guardianes no querían dejarme entrar, pero tanto insistí que pude penetrar hasta el primer patio. Busqué al azor y no le hallé. Entré en el segundo con menos dificultad y tampoco estaba el azor. Entonces subí la gran escalera, donde me opusieron una resistencia débil creyéndome, sin duda, hijo de algun sirviente de palacio, y por último, alcavésé las galerías y me coloqué en el fondo de una sala cuadrada cuyo pavimento era de mosaico. Allí estuve un gran espacio de tiempo hasta que vi pasar á una multitud de cortesanos que me miraban con estrañeza y murmuraban entre sí, y los cuales se iban colocando en dos hileras. Ma á esconderme detrás de uno de ellos, pero un gentil-hombre me cogió por el brazo y me hizo salir hasta las galerías. Yo entonces rompí á llorar pidiendo mi azor que había caído en el alcázar; pero sin atender á mi llanto me hicieron retroceder todo el camino adelantado, y al fin, me vi fuera del alcázar y sin el azor.

—¿Y os volvisteis á casa?

—Eso hubiera hecho otra ematura mas prudente y menos abstínada que yo, pero lejos de eso me senté en una de las gradas del alcázar y á cada uno de los que salían le demandaba por el azor.

Cada uno estuvo molestando la atención de los cortesanos, hasta que resonaron cajas y trompetas, la guardia se puso en movimiento y salió el emperador. Yo le conocía de verle pasar todos los días por nuestra calle, y lejos de inspirarme temor su nupónente majestad, le profesaba un cariño instintivo. Así como le divisé, me puse delante y le pedí el azor. Al principio no me comprendía, pero cuando repetí que quería mi azor que había caído en el alcázar, dijo:

—Sí, sí, ya he oído como gritabas desde tu azotea, pero no he visto al azor sino en los aires.

—Cayó en el patio, replegué.

—Pues así está en el alcázar te lo devolveremos. ¿Cómo te llamas?

—Luisa Egea.

—¿Has venido tú sola á buscar al azor?

—Yo sola.

—¿Me conoces?

—El Cesar.

—¿Te lo han dicho ahora, ó lo sabías antes?

—Lo sé desde que nací. He escrito ese nombre muchas veces.

—¿Tú!

—Yo.

- ¿Pues por qué lo escribes?
 — Porque escribo en latín la historia del Cesar.
 — ¡Que sabes latín!
 — Sí.
 — ¡Que escribes mi historia!
 — Sí.
 — ¿Qué maestros tienes?
 — Mi padre.
 — ¡Bravo!... yo quiero leer esa historia. Supongo que hablarás bien de mí.
 — Bien y mal.
 — ¡Cómo!
 — Defiendo á los comuneros.
 — ¡Vive Dios!
 — Y culpo al Cesar de los abusos de la inquisición.
 — Criatura ¿cuántos años tienes?
 — Diez.
 — Tráeme esa historia mañana mismo.
 — ¿Me dejarán entrar?
 — Diciendo tu nombre.

Así empezaron mis relaciones con el Cesar. Es inútil decir que recobré el azor; que presenté á Carlos V su historia y que empecé á merecer su gracia. Dió á mi padre un empleo en el alcázar, y á mi hermana Angela y á mi nos envió á Lisboa al servicio de la infanta, donde estuvimos cinco años, hasta que una grave enfermedad de nuestro padre nos obligó á volver á Toledo. La memoria del Cesar, siempre fiel para recordar á aquellos á quienes dá palabra de proteger, no ha cesado de darme lisonjeras muestras de favor. A él he debido el ser admitida por segunda vez en esta corte, y de él espero la salvación del desgraciado reo.

Tomó asiento Luisa Sigea para continuar, y Camoens, que no se

había atrevido á interrumpirle, se aprovechó de esta pausa para exclamar:

— ¡Oh divina poetisa! Cómo desde la infancia se reveló en vos la grandeza de vuestro talento. ¡Cuánto hubiera yo dado por veros frente á frente del Cesar pidiéndole el azor y entablado con él la donosa plática que merecía pasar á la posteridad!...

— El Cesar, prosiguió la Sigea sin darse por entendida de los elogios de Camoens, está en Africa y ya le tengo escrito para que interponga su poder omnimodo con la corte portuguesa reclamando á don Mariano Enriquez como vasallo suyo.

— De esa carta yo será el portador.

— ¿Vos ireis á Africa, Camoens?

— ¡No hay guerra en Africa?

— Dragut aparece en la costa.

— Basta. Suspendo mi viaje á la India y parto á Africa.

— ¡Oh, Camoens, no! es muy arriesgado acercarse ahora al estrecho.

— Por eso no me duele abandonar el proyecto de ir á la India. Hoy me alistó de soldado en las tropas portuguesas que se embarcan para Cádiz. Si no me ahogo ó me matan, antes de un mes estoy de vuelta.

— ¡Un mes!

— Es verdad. Pueden haberlo quemado.

— ¡Ah!

— Pero como la herida que yo abrí en su cuerpo debió ser honda, y no se puede ejecutar la sentencia de un reo mientras está enfermo... en fin, haremos lo que podamos. Dadme la carta y adios.

— No sé si debo acceder...

— Presto, señora, presto. Los instantes son preciosos.

— Tomad, Camoens, y Dios os guíe.

— El os guarde, señora.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.



(Todo).—Una de las ventanas del Clustro de S. Juan de los Reyes.)

LA VERBENA.

Nada más general ni bullicioso que esta fiesta; nada tampoco más variado según las costumbres de los países. Una sola, sin embargo, la común á todos los pueblos; la *verbena* de San Juan; en unas partes se celebra rústicamente, por decirlo así, como en Castilla; en otras más cultamente como en Andalucía y Vizcaya; en otras es una verdadera feria, y en todas ofrece pasto abundante á los recuerdos, preocupaciones y alegrías populares. En España, si bien la *verbena* de San Juan, como la primitiva, es la más celebrada, ha sido tan generalmente admitida, y ha tomado tal incremento, que se ha multiplicado á todas las festividades de celebridad. Efectivamente, en las principales capitales, además de las *verbenas* de S. Juan y S. Pedro, se repiten en las festividades de Santiago y las de la Virgen del Carmen, de la Asunción y de la Natividad; en Madrid empiezan con S. Antonio, S. Juan y S. Pedro, y siguen las del Carmen y Concepción, que son un recuerdo de aquellas. Conviene todas en que se celebren la víspera de la festividad, que componen su más principal y esencial parte la floricultura, y que solamente se suelen vender comestibles y no otros objetos como en las romerías y ferias. Aunque en el día hayan casi degenerado en bacanales, la fé y el amor á la agricultura fueron su origen. Sabido es que el fervor religioso de los países católicos en la edad media fué fecundo en hermanar con sus creencias la celebración de sus festividades civiles, industriales y populares. Las fiestas que antiguamente se dedicaban á Ceres, Cibele, Pomona y otras deidades rindiéndolas las primicias de los frutos á que la mitología las consagraba, las dedicaron justamente á los santos más dignos y celebrados en cada país, cuya celebración concurría con la época en que los frutos rendían su producción. De aquí es que las *verbenas* caen siempre en la madurez de la primavera ó en el estío, cuando la agricultura presenta felizmente sus producciones, y de aquí es que se designe esta celebración con la frase de *coger la verbena*, llamada también gramá ó planta sagrada para la multitud de remedios para que se emplea, y que por crearse en los puntos más áridos, por su manera y forma de crecer y desarrollarse, y por sus propiedades sirva también de emblema de los encantos, adivinaciones y reconciliación de los ánimos. En los pueblos cercanos á colinas áridas y pedregosas, pero próximos á ríos, arroyos ó mar, que es donde más se encuentra, tenían de muy antiguo la costumbre de ir á cogerla en las noches de Junio, en que está en sazón, y que posteriormente se asignó á la festividad de S. Juan mezclando con las tradiciones profanas, que perdaban, las religiosas que las dieron más consistencia, constituyéndolas en una función cívica y de esparcimiento popular. En su principio servía la *verbena* que se cogía para adivinar las fortunas ó desgracias, que explotaban los agoreros, adivinos y gitanos, el éxito de los amores, las fidelidades conyugales, y hasta la curación de enfermedades. Oigamos sobre este punto al famoso Almé Martin en su *lenguaje de las flores*: Los antiguos, dice, atribuían á la *verbena* un gran número de sus propiedades; los agoreros se adornaban con la *verbena*; los heraldos iban precedidos de su gale que era portador de la *verbena*; los druidas tenían tal veneración á esta planta, que no la cogían, sin hacer antes un sacrificio á la tierra; los magos, al adorar al sol, tenían en sus manos ramas de *verbena*; Venus victoriosa era revestida de una corona de mirtos entrelazados con *verbenas*. En Alemania se da un sombrero de *verbena* á los recién casados, significando la protección que aquella planta les ha de prodigar en lo sucesivo. En las provincias del norte los pastores hacen la recolección de esta prodigiosa planta con ceremonias y solemnidades enfáticas, esprimiendo su jugo á ciertas fases de la luna, dejando las que no se ahren á cará de está, y arrancado la que enrojece. Hacen uso de aquellos jugos para atraer, dar celos, ó enloquecer á sus amadas, para saber si les son leales, si han de casarse ó no, y si serán ó no fecundas. Guardan también la planta para curarlas, si se ponen malas, y si lo logran es un agüero muy favorable para ellos, para sus rebaños y en general para su sucesiva fortuna. La *verbena*, en fin, les da imperio sobre el corazón de sus pastoras, sobre todo si tienen edades semejantes.

En nuestras provincias de Andalucía, Murcia, Valencia y Castilla, que todavía rinden un tanto de recuerdos á los divinizos, duendes y encantamientos que formaban las leyendas de los siglos medios en que se compartían el dominio de Europa los milagros y las hazañas caballerescas, se oyen en el día mismo proclamas sacadas del relieve del tal ó cual clase, según se halle la *verbena* ó otra planta á falta de ésta, la víspera de aquel día en tal ó cual año, á cual más ridículos, y otros hechos que eran alimentados por la creencia de pozos, por la explotación de otros, por la curiosidad de algunos y por la diversion de los mas, de que deducen las mismas consecuencias que los antiguos escriban de la *verbena*.

En los pueblos en que esta festividad se celebra, que en España es en los mas, especialmente en los que celebran al santo titular de alguna iglesia, parroquia ó establecimiento, suelen entenderse juguetarias ó hogueras, divertirse en danzas y bailes propios del país, adornar las casas, calles y personas con flores y yerbas, y tener por las tardes corridas de novillos, ó otras diversiones tan comunes como estas. Pero en algunas capitales es digna de mención esta festividad.

En Barcelona se pierde desde el tiempo del paganismo el origen de su celebración en términos parecidos á la de Madrid. Antes de estar amurallada, iba la multitud á *coger la verbena* la víspera del santo precursor á los campos que circundan la ciudad, en que hacían su recolección, y con ella y demás plantas y flores, que al mismo tiempo traían, se reunían en las praderas que ahora se han convertido en vergeles que hermean las alrededores del bello camino de Gracia. Después constituyeron el centro de la festividad en el paseo Nuevo ó de S. Juan, bajo cuyas verdes enramadas, junto á sus hermosas estancias y en sus numerosos poyos, se acampa la multitud en compañías de músicas y danzantes, círculos de cantores de todas especies y alegres parejas que salen y entran en aquel paseo, y después de recorrer las calles de la ciudad tornan á aquel centro á buscar su *buena ventura*, que no todos hallan, ni muchos quieren. Al amanecer, en que se abren las puertas de la ciudad, todo aquel gentío sale á solazarse á los bellos campos y jardines de las afueras, en que cuando empieza á calentar el sol concluyen su algazara brindando en honor de la fiesta y restituyéndose tranquilos y macilentos á sus hogares.

La descripción de las fiestas de S. Juan en Valencia necesitaría por sí sola un artículo mayor que el presente, y difícilmente conseguiría pintar la alegría de aquel pueblo en semejante día, pues á cada tutelar de iglesia ó santo del nombre de la calle ó plaza, todos los vecinos que habitan en su recinto cuelgan sus portales, ventanas y balcones, los iluminan y escotan para música, dulces, frutas, flores, y bailes, á todo lo cual convidan á sus parientes y amigos. Créase más zero en el día de S. Juan, al que de antiguo dedicó su devoción una ornila extramuros de la ciudad, en que ampliado esta se construyó la actual parroquia de los Santos Juanes? Pese á ciudades conservarían tradiciones de más antigüedad, siendo quizá la mayor la adoración de diosas fatídicas ó adivinas, de que se vé un monumento de mármol negro de cinco pies de largo y tres de ancho, sito en la casa del Chumtre, plaza de la Almoína, número 4, entre las piedras sillares que forman la cárcel de S. Vicente, y que representan tres de aquellas diosas que adoraron los celtas y celiberos, con coronas en su cabeza de siete radios de relieve, y coronas al cuello, también de relieve, representando aquellas los siete planetas; y estas la autoridad de que estaban revestidas, leyéndose entre ellas la dedicatoria que las hacía Quinto Fabio. Aunque se ignora el culto que estas recibiesen, no sería extraño que las estuviese dedicado algún templo, cuando consta que habín hecho consagrados á las diosas gentiles, del que lo era á Diana el que ahora es catedral, que fueron también mezquitas en tiempo de la conquista, y que al ser recuperada la ciudad se bendijeron y constituyeron en iglesias. Esa afición á las divinizas, que es la diversion de la plebe, no tiene límites en aquella noche en que se hacen pruebas poniendo agua á la faz de la luna, colocando rosas y clavos en ciertos lugares, y haciendo otros experimentos que según lo que ó media noche sucede, se vélica de distintos modos. La feligresía de la parroquia de los Santos Juanes, llena de luminarias, coladuras, flores, músicas y bailes, y muchos de los jardines que circundan la ciudad, son alegremente ocupados toda la noche por gran parte de la población de Valencia, feliz en poseer aquel país de aromas y de fragancia, que con razón es llamado el jardín de España.

También Andalucía paga tributo á esta festividad. En Granada, apenas el sol sombra el horizonte en la víspera de S. Juan, multitud de parejas, cuadrillas y paseantes cubren las acilas del Genil, animados por las banderías, repique de castañuelas, platillos y compasadas palmas que embellecen las frondosas alamedas y tepales jardines rodeados de faroles y fogatas que circundan la preciosa fuente de labores estradas enajada de vasos de diversos y combinados colores formando lindísimas juegos, y teniendo al fuente el *Lavadero de las Negras*, que ha dado motivo á varias leyendas del país. Por horas va erigido la algazara; músicas, bailes y diversiones, hasta las doce, en que todos corren á bañar en rostro y cabellos en las aguas que riegan las alamedas, los amantes coronan de ramos y frutas las Ventanas y puertas de sus amadas, las doncellas buscan el prestigio de sus esperanzas en las hojas de las rosas, las esposas quieren leer en las mirradas de las olas la suerte de sus esposos ausentes, los niños siembran para cojer al amanecer, cuejan las alamedas, crece la nitabacra, se oyen los gemidos del Moro, se vé encendido el cerro del Sol, las bondinas, las hadas, los fantasma, y los encantamientos están de sus pedales, palacios, castillos y cavernas á desfacer los agravios que allí los encerraron mal de su grado, y á prestar sus servicios

á los fatídicos mortales que imploran su poder, gracia á auxilio. Poco á poco se va aclarando aquel campo sembrado de parques, círculos, músicos y danzas; los unos se relajan alegres y bulliciosos; otros músicos y chusqueros; las doncellas sin mas fé ni esperanza que la que llevaron; los crédulos y niños formando cálculos sobre los pronósticos, y la multitud ansiosa de recuperarse del cansancio. A las dos se va surgiendo aquel tumultuoso gentío, y á las tres son contados los que todavía gozan de la *verbena*, permaneciendo solo al desamparar á aurora los que no habian quedado en estado de volver por el sueño, ó por la crápula.

Sevilla ofrece á esta festividad, como á casi todas las principales, los frutos de su delicioso y feraz suelo y de su apacible clima, que contribuye á que aquellas noches sean mas celebradas, alegres y bulliciosas. Las fiestas religiosas, que allí son las primeras, rinden su culto á los Santos Apóstoles en sus respectivos días en sus parroquias de San Juan Bautista, vulgo de la Palma, cuya plazuela se halla rodeada de la vispera y día del titular, de flores, yerbas, santos y gentes que antes de la velada visitan aquellas iglesias: y en la de San Pedro, en cuyo día se repite igual celebrada. Mas donde se presenta pintoresca aquella velada es en la *Alameda de Hércules*, cuyas avenidas, desde la ancha y hermosa calle de Teodosio, y plaza del Cuartel de artillería, forman hileras de puestos simétricos cubiertos de lienzos blancos y colgando delante de ellos candilones que hacen desde lejos una visual encantadora y que á los paseantes prestan alegría y distracción. No solo flores y frutas, sino toda clase de condecoraciones y dulces, turrones, santos, figuras, juguetes de niños y otros objetos propios del país ocupan aquellos puestos y fragantes puestos, cuyos vendedores con su gracia y gritería sostienen la algazara toda la noche; en último término colocan sus círculos con bancos y calderas de buñuelos las gitanas, desde donde principian las comparsas y reuniones de baile, música y diversiones que se extienden por ambos anchurosos paseos de la bella alameda hermosa con sus seis fuentes y sus cuatro columnas romanas. La puerta de S. Juan y molinillo viejo, y las orillas del Guadalquivir ofrecen aquella noche variada y constante diversion á todas las clases del pueblo. De otra especie es la que todo el día se celebra en S. Juan de Aznalfarache, cuyo convento y parroquia del pueblo desde su nombre, situado un casto legua de Triana en un cerro desde el que se divisaba toda la campiña sevillana, multitud de pueblos y la ribera del Betis, son visitados por los habitantes de la ciudad y pueblos cercanos, en términos, que ni en el pueblo, ni en las muchísimas casas de campo y cortijos que le rodean y que se prolongan por la colina de Gelves, caben las gentes y tienen que acampar en los jardines, huertos y alamedas que le circundan. Desearémos podernos detener á describir esta romería que es muy frecuente en S. Juan de Aznalfarache, y que sólo los que la han gozado, pueden comprender por qué no se sujeta á los límites de una descripción por sola que fuere.

La villa de Madrid era ya aficionada á *coger la verbena* desde tiempo de los sarracenos, pues consta que en el siglo XI ya se celebraba esta festividad en los campos que median desde las alturas del Retiro actual, hasta donde después estuvo la ermita de Nuestra Señora de Atocha, hoy monasterio é iglesia y casa de inválidos. Siguió ampliándose por los siglos en que ahora se halla la ermita del Ángel hasta donde hoy se ve la fuente de la Atocha. Pero al formarse el hermoso paseo del Prado de S. Gerónimo, que se fué ampliando hasta los estrados de las puertas de Atocha y Recoletos, es claro que habia de bajar la reunión de gentes para celebrar la *verbena* á aquel frondoso y gran paseo, que desde entonces, y especialmente el salón del Prado, está en posesión de dichas fiestas. Esto no quita que de día fuesen realmente á *coger la verbena* á los solos de Miga Calientes y del Carragidor, así como á toda la ribera del Manzanares, en que frecuentemente suelen festejarse los madrileños á poco motivo que tengan de satisfacción.

Mas tampoco era esta la única diversion de aquellos días, pues también tuvieron entonces, y hasta hace poco, la festividad de la parroquia de S. Juan, que hoy celebran en la mayor parte de las damas, y su velada, como en las poblaciones referidas anteriormente.

En Madrid deben distinguirse las dos partes en que se divide esta festividad, especialmente en los días de S. Juan y S. Pedro, á saber, el mercado de flores dentro de la población y la *verbena* en aquellas noches, porque de tiempo muy antiguo se formaba un paseo alrededor de la parroquia de S. Juan, que no hemos conocido y van á estar á espaldas de la actual de Santiago, á la que se halla reunida, y se tendía de puestos de flores y santos de barro, que permanecían hasta cerrarse la iglesia titular, y que por el derrito de ésta quedó reducida al ámbito de la plazuela de Sta. Cruz y calles que la circundan, en que se colocaban aquellos puestos de flores, plantas, yerbas, santos y bollos y otros comestibles, hasta que recibió en nuestra época mayor amplitud por la plaza de la Constitución, y algunos años tambien en la del Progreso. Este mercado de flores, llamémosle así,

fué en todos tiempos como ahora la reunión de los devotos que iban á salir de la iglesia á festejar al santo, de los niños á quienes llevaban por la tarde á comprar flores y golosinas, y al anochecer de la gente bulliciosa que paseaba por curiosidad, por obsequiar á sus familias ó conocialentos, ó por divertirse en aquella concurrencia tan numerosa como apretada, tan divertida como bulliciosa. ¿Qué de empujones, raturas, pisotones y otros lances variados se encuentran, ó quizá se buscan, en las frecuentes y repentinas oleadas de gentes que pasean entre las estrechas calles de flores y de plantas! ¿A cuántas escenas no dá lugar esta tumultuosa reunión que no pocas veces acaba como el rosario de la Aurora? Su mejor y mas divertida perspectiva se presenta por la noche con la diversa y múltiple variación de luces de todas clases y tamaños que alumbran los puestos, que suelen observar fácilmente los concurrentes hasta quedar estacionados y en prensa sin poderse mover ni atrás ni adelante. Las voces de los vendedores, la gritería de los chicos, los ayes de las apretadas, los griterios sonoros de las fruterías; y el ruido y alboroto de los paseantes, forman un contraste átonador con los repiques de las campanas, cuya confusión recuerda el de la torre de Babel. Todo esto, empero, ha terminado ya á las once de la noche para dar lugar á otra escena mas bulliciosa y variada, á una verdadera bacanal, que es lo que vulgarmente se llama *coger la verbena*, y es la segunda parte de esta festividad.

El Prado antiguo de San Gerónimo es desde su formación en el que los madrileños cogen la *verbena de San Juan*, y cuyo salón sirve de centro de reunión en aquella noche de músicas, danzas y bacanales. Los que vienen del mercado de flores, escamados de las apreturas que allí han sufrido, acaban por pasarse tranquilamente en el delicioso Prado, y constituyen la primera escena de aquella noche que solo en la concurrencia se distinguía de las demás y que no indica hasta las once de ella la conclusión de que va á ser teatro. Desde esta van creciendo las gentes y comparsas que desembocan en el Prado: unos con músicas, otros con guitarras, flautas, violines, panderetas y castañuelas; algunas comparsas con bandera, globos ó faroles de mil colores é inscripciones alusivas, y muchas parejas graves ó parenteras. Se rodea el salón del Prado de puestos de flores, frutas, comestibles, licores, buñuelos y otras mercaderías, que si bien de agradable conjunto forman un polvorri indescrutable y hacen dudar que aquel haya sido á otra hora el paseo común de la elegancia, del gusto y del buen tono. A la una de la noche es el Prado otra torre de Babel en que los círculos de bailes, el tropel de las comparsas, la gritería de los vendedores, y el atropellamiento de las gentes hacen fuir de aquel laberinto á los mas formales dejando á los del bronco poseionados del campo y diseminadas algunas familias *cui generis* por el botánico ó paseos de Recoletos. Empieza entonces á descomponerse el Prado y poco á poco se relajan las comparsas y músicos, no sin recorrer antes las calles principales y los barrios en que habitan, llevando por todas partes aquella noche la alegría, el ruido y la algazara. Todavía otros madrugadores que no han velado, vienen á pasar después de amanecido de los restos de la bacanal en el salón del Prado, y otros mas cómodos y dormidos van á celebrarla al mercado de flores, como la vispera, donde aunque en menor escala se reproduce la escena de la tarde y noche anteriores.

Tales son las veladas de los santos Apóstoles en que á la manera del Carnaval parece que vuelven á perder el juicio los mortales, y transigiendo con los encantos, algazara y preocupaciones, sacan partido de todo, solazan el ánimo y olvidan los pesares y trabajos del mundo.

JUAN MIGUEL DE LOS RÍOS.

UN HOMBRE INDEPENDIENTE.

Yo soy el hombre feliz
que con un tranquilo gozo,
mi independencia profeso
á la faz del mundo todo.

No tengo males ni penas;
ni enemigos ni patrones,
ni chicos que me den quejas,
ni grandes que me den oro;

Ni parientes que me pulan,
ni esperanzas de mortuorios,
ni deudas que me desvelen,
ni litigio bienes de otros.

Tengo los que á mí deseo
le bastan para su colmo,

y los tengo bien tenidos
por derecho pátrio y propio.

No me ha obligado á escribir
la *sacra fames* del oro,
si no un tintero maldito
que no sabe criar moho.

No cuento entre mis vecinos
ni entusiastas, ni envidiosos;
soy conocido de muchos,
mas son mis amigos pocos.

No frecuento los salones
del magnate poderoso,
ni obligo á que en mi antesala
aguarden humildes otros.

No recibo del poder
participacion ni voto,
y de la tesoreria
hasta hoy el camino ignoro.

No me obligan compromisos
á la opinion de los otros:
tengo y sostengo la mia,
pero la sostengo solo.

De los partidos politicos
no sé los planes recónditos,
ni en los periódicos leo
sus artículos de fondo.

Doy por buena su doctrina
y argumentos hiperbólicos;
pero yo guardo la mia
para mi servicio propio.

No me envenena la bilis
el mirar á mas de un tonto
gobernando una provincia
ó en Madrid nadando en oro.

Nunca interrumpe mi sueño
de un ministro el ceño torvo,
y si le encuentro en la calle
hago que no le conozco;

Todos fueron mis amigos
y mis compañeros todos:
yo me quedé en la luneta,
ellos saltaron al foro.

No les envidio el papel;
porque pienso que es mas cómodo
ser espectador con muchos
que espectáculo de todos.

No sé por dónde se vá
á los favores del trono,
ni en mi modesto vestido
brillan la plata ni el oro.

Las veneras y entorchados
de que andan cargados otros,
me parecen propios de ellos
como de mí... mis anteojos.

Soy en fin, independiente
de hecho y tambien de propósito,
sin compromisos ajenos,
y hasta sin deseos propios.

Pero en medio de esta dicha
que me hiciera vivir horro,
no sé que sino fatal
me hace depender de todos.

No hay junta ni sociedad
que no me honre con su voto
para trabajar de valde
en los públicos negocios.

Se instalan cuatro vecinos
honrados y filantrópicos
para fundar una escuela
ó una caja de socorros;

Pues me nombran secretario
sin sueldo, pero con voto,
y me envian los papeles
para hacer los monitorios.

Se trata de algun proyecto
de asociacion, de periódico,
de mejora material,
de instituto filantrópico;

—«Estienda usted, don Ramon,
ese informito de á folio,
ó forme usted el reglamento
que han de discutir los socios.»—

No hay un cargo concejil
para el que no me hallen propio,
ni expediente del comun
que no venga á mi escritorio.

No hay reunion literaria
que no me cuente por sócio,
no hay duro que no me pidan
ni trabajo que no tomo.

Usufructuario de nada,
soy honorario de todo;
figuro en cartas de pago,
nunca en nóminas de cobro.

—«Usted que está tan hoigado
(me dice don Celedonio)
¿quiere usted ser mi *hombre bueno*
para un juicio de despojo?»

—«Usted que es tan complaciente,
tan servicial y tan propio,
sea usted tutor, albacea
de este, de aquel ó del otro.»—

No hay autor que no me lea
sus manuscritos narcóticos,
ni periódico valdío
que no cuente con mi apoyo;

Ni album de uno y otro sexo
que no me demande un trovo,
ni litigante hablador
que no me envoque el negocio.

Huyendo ser publicista
soy público de los otros,
y para no ser electo
tengo que darles mi voto.

A trueque de este derecho
imprescriptible, sonoro,
y en pago al servicio ajeno,
y en pena de bienes propios,

Recibo de la intendencia
los apremios amorosos
trimestrales, pagaderos
á la órden del tesoro.

Con esta vida feliz,
con este afan infructuoso,
todos me tienen envidia,
yo me compadezco solo.

Hay quien me cree discreto;
otros me juzgan un porro;
unos dicen: «¡qué buen hombre!»
otros responden: «¡qué tonto!»

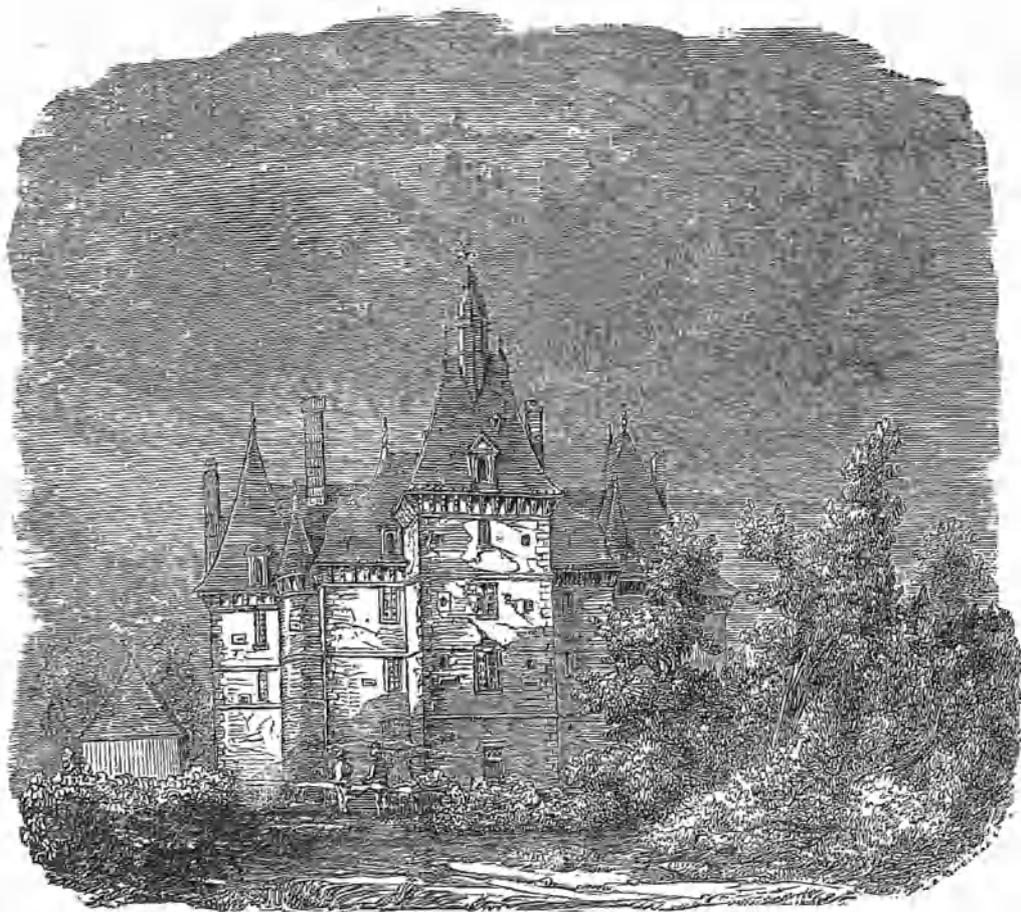
LA ANTAPOLA.

ROMANCE.

Flor que despreciada y triste
Vives en el verde prado,
Meciendo las leves hojas
Sobre tu flexible tallo;
Flor que desdén el jardín
Y eres gala de los campos,
Por puros, quizás, el hombre
Menosprecia tus encantos.
Ya escondida entre las nieves,
Cual perla en ancho océano,
Aumentas con el misterio
Tu atractivo siempre mágico;
Y ya apareciendo hermosa,
Como en noche oscura un astro,
Te saluda tiernamente
Algun amante olvidado:
Que tú lejána del mundo,
Como él del amor lejano,
Sus congojas disminuyes
Con tu porvenir amargo.
Flor de negros tornasoles
Sobre tu purpúreo manto,
Imágen de vida y muerte
Eres con matices varios;
Y recuerdas que en la vida,
Como en la mar fluctuando,
Está el escollo de penas
Junto al puerto de descanso.
Flor, con tus hojas sutiles

Y con tu vivir precario,
Semejas una existencia
Que va rápida pasando,
De pasiones carcomida.
Sin que la optiman los años,
Tú muéres apenas naces
A impulso de agena mano;
Te deshoja el aguacero,
Rompe el huracán airado
Tus renuevos, y el pie troncha
De algun segador tus tallos.
Ya en las haces de los trojes,
Ya entre yerbas el muchacho
Te confunde, y desapareces,
Hermosa flor, por acaso;
Como una bella esperanza
Que en sueños acariciamos
Y disminuye una duda.
O destruye un desengaño,
Flor vilmente despreciada.
Yo por mi amiga te aclamo,
Pues los hombres el dolor
Sobre mi frente sellaron.
Compadecerás mis penas
En tu abandono, pensando
Que solo buenos amigos
Saben ser los desgraciados.
Te abrigaré en el invierno,
Y tendrás en el verano
Como brisa mis suspiros
Y como riego mi llanto.

JUAN DE ARIZA.



(Castillo de Kriessau en Alemania.)